

AMBROSIO GALLEGO

LLUEVE EN PAZ



Prólogo de Federico Gallego Ripoll



Fragmentos de *Llueve en paz*

Por Ambrosio Gallego

NADA ES SIMPLEMENTE AYER

Estoy aprendiendo paz.

SYLVIA PLATH

Hacia vosotros me dirijo, primeros años,
y lo hago con las manos llenas de aquí,
hoy que puedo encenderos sin nostalgia,
con la suma de todas las rosas futuras,
como de cualquier nuevo camino.

Porque el suelo que pisen mis pies es lo de menos.

Lo dice la noche que me invita a su mesa
con dos vasos y una jarra de lluvia.

De estas fotos en blanco y negro guardo el color,
el calor primero de una casa toda de piedra,
con humo siempre.

También el miedo al agua cerrada que no suena,
al silencio que deja tanto suicida impensable.

Imágenes que te llevarían, oh, noche,

a donde nunca llegó el sabueso olvido,
a donde todavía espera el vacío de los cántaros
y los aperos cubiertos de ortigas.
Animar quisiera estos caminos, ya sepultos, animar
La Serena, ayer llanura de alondras,
hoy luengo embalse
donde arroyos perdidos borran su orfandad.
Aquí confluyó el vuelo bajo del águila
con la pétrea soledad que ampara hasta las bestias.
Lugar ahora del barbo que se instaló discorde
sobre casas ahogadas que a menudo asoman su dolor.

Y si sólo soy estos primeros años
que no sea para volver atrás - nunca se vuelve -,
sino para ser de nuevo, pero desde un entonces
todavía cómplice y maestro.

Un justo homenaje requiere ojos de ahora,
que aquí también se crece porque todo el tiempo es uno,
porque ningún año sobra y todo hace al corazón.
¿Qué viento empuja lo vivido hasta lo por venir?
¿Por qué del ayer se cosecha la conversación del mañana?
Alrededor del fuego filósofo o junto a la lluvia coleccionista,

la memoria reclama todos sus bienes,
como la adolescente de Balthus todos sus sentidos,
o como el pescador sobre el Véneto en día de niebla,
al que orientan los vivos colores de las casas de Burano,
así estas fotos, faros en el tormentoso mar del papel,
tinta iluminada para un naufrago más del mundo
que a tientas recorre en voz las calles de su infancia.

LA CASA JUNTO AL AGUA

*¿Y llegaste a creer
no ser?*

JUAN EDUARDO CIRLOT

I

En *Las posadas* ¿qué ángel se tragaba el cauce del arroyo?

Entre un monte con garras de sed hasta el agua se asusta.

El agua, que acercaba sus caballos de refresco

allí donde a la vida le pesan los pasos,

donde se agradecen las salamandras inmóviles

y los espinos casi místicos que raptan la orilla invisiblemente.

Algunos madroños caían por fin en las manos del agua
y ésta los hacía náufragos
sin necesidad de isla ni memoria.

Cualquier lugar adonde los llevase sería hermoso.

Cuando sabes que tu madre lava sobre lo invisible,
la ropa que llevas se deshace en el aire
y puedes creer entonces que se la come la piel.
Lavar sin canción es como dormir sin sueño,
así que su voz servía lo mismo que un antiguo romance
para quien jamás ha leído;
lo mismo que el primer dulzor para quien todo amarga.
¿ Será la mítica madurez la única lámina por dibujar,
la última cartilla con que se aprende a leer color adentro,
sumando una a una todas las esperas?

En *Las posadas* el arroyo crecía en las pupilas del búho,
petrificaba la pose interrogante de la liebre esbelta,
reunía todas las huellas de los animales más ariscos.
Sobre todo dudas que se acercaban a beber.

En *Las posadas* el arroyo desaparecía en el alma.

II

Tan secreto el color de la noche en *Piedrasanta*,
bajo estrellas que empuñan sus cinceles.
Respuestas que de tan altas ahora no sirven.

Sólo el olor del humo habla de la casa encendida
y sólo la casa encendida sabe que la humildad ríe,
sobria y sin pobreza.

Misterioso pintor, el fuego con su paleta de luz.
¿Qué le ocurre a la llama cuando se unta en la encina
y alarga su pincel hasta un rostro de niño?

Un niño que silba lo que patalea en las palabras.

III

La voz de la abuela era torno para historias de barro.

Entre ellas granaba el certero silencio.

Momento en que algo se ordenaba con gracia y belleza.

Y cuando continuaba, la casa desaparecía

bajo la nueva luz de su página maga.

Aleación de relatos que rebotaban en los rescoldos,

daban en la alacena y tumbaban la radio sorda.

La noche engarzaba la llamada del búho

al frío collar que busca cualquier miedo y no lo encuentra.

¿Cómo saber que todo esa noche era lección de color

dentro de la voz? ¿Qué tenían las voces, limpias de tele,

impecables en la bondad de las sombras?

Luego, entre un leve olor a petróleo, dormir

en cama de juncos

junto a algún lirón de limpísimo naranja.

IV

Las nubes se lavaban las manos con el jabón del sol
y se secaban en toallas ocres.

Abajo esperaba el monte engatusado
a que el aire errante vaciase sus bolsillos.

El recuerdo ancla en olores lejanos y horizonte borroso
frente a un niño que dibuja, mojándose.

El recuerdo se anega de altura con la espera puesta,
plegada altura que cabe en el bajito y sencillo respirar.

Por el camino me tumbarían de nuevo las nubes,
yo con mis lápices,
quizá una brizna de hinojo en la boca.

V

Gracias a la siesta los geranios existían,
las avispas mostraban su embeleso,
importaban los sonidos de las bestias,
las latas se convertían en tamborcillos
y la leña apilada en cama elástica.

La siesta era la ciudad sin fotos
y los libros sin letras.

También el bidón con agua y galápagos,
junto a una tórtola ahíta de centeno.

Sólo los gatos lo sabían y callaban.